

# ESQUIAR, ¿EN TURQUÍA?

Libre de todo tipo de expectativas, JR PATTERSON se lanza por las pistas de tres centros de esquí turcos, donde descubre una impresionante variedad de pistas, guías locales afables, un grupo ecléctico de viajeros con mentalidad aventurera e impresionantes paisajes dignos de admiración.



**D**e todos los inventos que se atribuyen a los turcos (una lista muy variada que incluye el submarino, el cuernito, el yogurt y la banda de marcha), la tabla de *snowboard* parece la más improbable. En la actualidad, ninguna de estas cosas se asocia de inmediato a Turquía al mismo nivel que las mezquitas, los derviches, los tapetes o los pinchos giratorios de cordero.

Yo voy a Turquía en busca de algo verdaderamente novedoso, al menos para mí. Hay unos 53 centros de esquí en total y, a lo largo de dos semanas, me propongo visitar tres de ellos, situados en tres cadenas montañosas diferentes. Comienzo mi aventura en Kartalkaya, donde, como esquiador ocasional, me siento alentado por la cantidad de choques que presencio. «Esto me recuerda a los 80», comenta un visitante británico que conozco en el telesilla. Y no se refiere solo a los cortes de cabello y los atuendos llamativos: «Es un sitio tranquilo, todo muy relajado. La gente se lleva muchos golpes». Y no se equivoca: veo unas cuantas caídas espectaculares durante mi estancia en este complejo de la sierra Koroğlu, lo que me ayuda a abordar la actividad como un pasatiempo en lugar de como un deporte ligado al estatus. En mi primer



Situado en la cordillera de los Kaçkar, al noreste de Turquía, el monte Ovit alcanza los 3,400 metros de altitud

día en una pista turca, es un gran alivio comprobar que el esquí *amateur* sigue vivo.

Muchos de los detalles que observo son universales —las chamarras acolchadas, los lentes de sol de espejo, las narices goteantes o las mejillas sonrojadas—, pero también percibo ciertas peculiaridades locales. Por ejemplo, la fila para el telesilla, más que una hilera, es una aglomeración de esquiadores y *snowboarders* que avanzan a trompicones. Pese a que la gente es educada, aquellos que no muestran un mínimo de iniciativa están condenados a languidecer al pie del remonte para siempre. Además, descubro que la necesidad de tomar té es incesante; de hecho, casi me doy de bruces con un grupo que se ha instalado bajo una elevación, con los esquís clavados en la nieve, para contemplar el *güneri* —la luz difusa del bosque— con un vaso estrecho de té en la mano.

Como la mayoría de la gente se ciñe a las pistas, el esquí entre árboles por el que destaca Kartalkaya es ideal para encontrar nieve en polvo profunda y de calidad. Tardo 20 minutos en recorrer el bosque de arriba abajo, a buen ritmo. Las pistas negras son rápidas pero manejables, similares a las azules de las Montañas Rocosas.

Por lo general, la temporada de esquí se extiende de diciembre a abril en todo el país, aunque depende de la nieve y la altitud. La montaña de Kartalkaya, cuya cima alcanza aproximadamente los 2,300 metros, ha recibido una nevada lo bastante copiosa como para todo el año; sin embargo, hoy caen unos copos grandes y pesados que prometen un manto limpio para la mañana. Una tenue oscuridad se cierne sobre el lugar, dejando solo la neblina anaranjada de los marcadores de las pistas. Para entonces, ya estoy refugiado en el hotel Kaya Palazzo ([kayapalazzohotels.com](http://kayapalazzohotels.com)), comiendo cordero asado con pimientos de Alepo y hojas de parra rellenas mientras disfruto de un vino blanco turco.

La mañana se presenta azul y despejada. Desde mi habitación diviso la cima de la montaña y, veinte minutos después, me encuentro sobre la nieve en polvo recién caída. Tan solo se me han adelantado los conejos. La soledad de la mañana, como cada día de los cuatro que estoy acá, es pura felicidad. Esta tranquilidad a primera hora es otra peculiaridad más de Kartalkaya; en parte se debe a una combinación de factores: el Palazzo Lounge, en la mitad la colina, que todos los días desde las 4 de la tarde vibra con música y bailes, el concurrido restaurante



suizo de *fondue* e incluso la caja gratuita de Durex en las habitaciones. Está claro que algunos invitados no vienen acá solo para esquiar.

Después de esquiar en Kartalkaya, vuelo hacia el este, a Erzurum, capital de los minaretes gemelos y el *cağ kebab* horizontal (Turkish Airlines conecta Estambul con todas las ciudades cercanas a centros de esquí turcos). Cuando llego de noche, la ciudad brilla como polvo dorado espolvoreado sobre el oscuro valle. El centro de esquí de Palandöken, iluminado para el esquí nocturno, se despliega en la ladera de la montaña como una lengua de alabastro. Situado casi dentro de la ciudad, Palandöken es el mayor centro de esquí de Turquía, con 56 pistas que se extienden por unos 60 kilómetros; una conexión prevista con el centro de Konakli añadirá pronto otros 11 kilómetros.

Más tarde, al recordar el invierno turco, me vienen a la mente los humeantes vasos de té con forma de tulipán, los picos rocosos cubiertos de un merengue de nieve, el sabor de la carne asada o el fresco aroma del pepino y la menta. También evoco la alargada figura de Ismail deslizándose pendiente abajo, imitando los estilos de diferentes esquiadores.

«¡Miren, mírenme!». Es Ismail, inclinándose sobre sus esquís y con el trasero hacia afuera. «¡Miren! ¡Al estilo americano!». Se mueve, separando las piernas, con los brazos a los lados, los bastones sueltos y saltando sobre la nieve. «¡Al estilo ruso!» Luego junta las piernas y hace un amplio eslon. «¡Al estilo alpino!». Alguien delante de nosotros, sin una razón aparente, cae al suelo y queda tendido en la pista. Al deslizarnos a su lado, Ismail exclama: ¡Miren, miren! ¡Al estilo turco!».

Esquiar en Palandöken es más difícil que en Kartalkaya. La montaña es mucho más alta y empinada (una combinación de telecabinas y telesillas lleva hasta el pico Büyükejder, de 3,271 metros), e incluye pistas más difíciles

y más gente. No todo son esquiadores o *snowboarders*. En las pistas de Palandöken hay más paradas para tomar café que en la carretera de Erzurum a Trabzon, por lo que no es raro ver a gente en la colina con calzado normal, tomando *çay* y tambaleándose al borde de la pista mientras los esquiadores pasan a toda velocidad. Por el precio de un viaje en motonieve hasta la cumbre puedes rentar un departamento bien amueblado en Erzurum durante un mes. Pero los pases son baratos: el de un día cuesta 700 liras (unos 20 dólares) y el pase combinado de tres días para dos personas algo menos de 90 dólares.

Ismail, a quien he conocido en la telecabina, resulta ser un compañero de esquí traicionero. Las pistas de Palandöken son empinadas, algunas con un desnivel de casi 60 por ciento, y, después de verme caer por una pista azul con nieve muy compactada, decide que es hora de pasar a una pista negra. Está tan resbaladizo como una almendra pelada, pero él me hace bajar con un «¡Vamos!». Cuando me estrello y lo busco con la mirada, lo veo haciendo un sinuoso giro en cuña al tiempo que enciende un cigarrillo.

Esa noche, mientras me recupero del golpe en el costado en la terraza del hotel Polat Palandöken (*potatpalandoken.com*), contemplo a los esquiadores nocturnos descender por la ladera, como negras semillas de amapola sobre una sábana blanca. Kartalkaya se llena de gente procedente de las grandes ciudades (está a solo tres horas de Estambul y Ankara) que viene a pasar el día; Palandöken tiene un público más amplio: me cruzo con rusos, azeríes y un equipo de carreras sueco; platico con Ahmet, de Estambul, durante el segundo de sus diez días de vacaciones anuales de esquí; y una familia galesa, que regresa todos los años, me asegura que esto es «mejor que los Alpes».

Erzurum es una ciudad apasionada por el deporte, llena de ciclistas de montaña, campistas y escaladores en hielo; es «el centro del esquí de Turquía», puntualiza Gökhan Hisarciklilar, un guía de montaña. Lo conozco en Alpin Outdoor, un establecimiento de artículos deportivos en el centro de la ciudad que él describe como «mejor que cualquier tienda de Estambul»; hablamos sobre el esquí fuera de pista en los alrededores de Van y el heliesquí cerca de Kars, y pronto nos damos cuenta de que vamos al mismo destino: el monte Ovit, en la cordillera de los Kaçkar.

El esquí en pista me resulta entretenido, pero me distrae de aquello por lo que he venido a Turquía: descubrir los orígenes de este deporte en las prístinas y marmóreas montañas del norte.

Pocos días después, me encuentro en una carretera que sale de Erzurum y atraviesa un paisaje que ha mantenido su sencillez inalterada a lo largo del tiempo: los pastores agrupan sus rebaños de ovejas; las mujeres mayores venden fruta de brillantes colores en los puestos junto a la carretera, y las casas pequeñas de concreto y hojalata



Arriba y página opuesta: artesanos de Ovit con sus *petranboards*, unas tablas similares a las de *snowboard*, que nacieron en esta región hace siglos; derecha: el monumento Çifte Minareli Medrese en Erzurum, cerca del centro de esquí de Palandöken, arriba





Derecha: el *cağ kebab* colocado de forma horizontal es una especialidad de Erzurum; abajo: las pistas de Kartalkaya en la sierra Koroğlu

se diseminan por el campo. La profundidad de la nieve aumenta a medida que ascendemos y, cuando el sol se oculta detrás de las montañas, el blanco brillante de la nieve se torna azul intenso.

En los largos inviernos en los montes Kaçkar, los turcos del siglo XVIII usaban tabloncillos de madera llamados *lazboards* (o *petranboards*, por la aldea de Petran en los Kaçkar) como medio para desplazarse de un pueblo a otro. Hoy en día, el vehículo preferido ha pasado a ser la motonieve, de hecho, es el único modo de cruzar las

montañas en altitudes elevadas en las que se asientan aldeas como Ovit (a 2,640 metros).

Así es como recorro la distancia entre la autopista y el hotel Ovit 2640 ([ovitmountain.com/ovit-hotel](https://ovitmountain.com/ovit-hotel)): subido en la parte trasera de una motonieve Ski-Doo mientras el director de operaciones del hotel, Yigit Harut, me protege del gélido viento. Natural de Ankara, este ingeniero informático vivía en Londres cuando se alojó en el Ovit en 2022. Sus ideales de soledad, belleza y vida activa lo hicieron regresar, primero como inversionista y más tarde como alguien capaz de solucionar cualquier problema. «En la ciudad sentía que necesitaba más “hombria” en mi vida», confiesa. Ahora la tiene a raudales: tan pronto sube a la montaña para reparar líneas telefónicas como pone a punto una motonieve o recorre en esos vehículos los ocho kilómetros de distancia hasta la autopista para recoger suministros.

A pesar de su lejanía, el Ovit 2640 es un lugar acogedor y bien equipado con cómodos sofás, buen café e incluso wifi. El cocinero, que en su día estuvo a cargo de un restaurante de éxito en Estambul, nos sirve especialidades turcas como *kofte*, cordero asado, ensaladas frescas y *baba ganoush*.

Esa noche soy el único huésped, pero se espera a un grupo de esquiadores. Yigit no deja de repetir: «¡Vienen los suizos!, ¡vienen los suizos!». Cuando le pregunto por el pronóstico del tiempo, se trona los dedos y me responde: «Puede que nieve. O puede que esté despejado. Por acá las tormentas llegan rápido, así que hay un 50 por ciento de probabilidades». Esto es algo frecuente durante mi estancia: parece haber una dualidad en casi todo, por no hablar de la incertidumbre.

Por la mañana llegan los suizos junto con Gökhan, la persona con la que entablé conversación en Erzurum y a quien han contratado como guía a través de su empresa Montis Expeditions ([montis.com.tr](https://montis.com.tr)). Al final resulta que los suizos no son para nada suizos, sino españoles, canadienses y alemanes, pero como todos han volado desde Zúrich, se quedan con ese nombre.

Acompaño a los suizos y a Gökhan al primer destino elegido: la cima de la montaña septentrional, Gültepe o Colina de las rosas. Con 3,200 metros de altitud, tiene la misma altura que el pico Dreiländerspitze de Austria o el monte Kita de Japón. Subimos en fila india mientras las nubes se deslizan como cortinas de encaje, ocultando y descubriendo el valle a intervalos y convirtiendo el sol en una moneda arcoíris entre los encajes.

Al llegar a Gültepe, tenemos una sensación de ingravidez por el agotamiento, pero el cansancio pronto se transforma en éxtasis. Al norte se puede atisbar el mar Negro. Los suizos dedican un momento para saborear la soledad. Alex



Las laderas del monte Ovit (*también abajo*) están cubiertas de nieve durante seis meses al año.



se inclina sobre sus bastones. Françoise toma fotos. Max comparte un termo con licor raki. Lars comienza a retirar la piel de foca. El grupo está acostumbrado al bullicio de los Alpes, donde, según Alex, «te encuentras chalets en la montaña y otros esquiadores. Es reconfortante, pero esto es otra cosa. Está intacto. Quiero decir, ¡solo somos seis! En kilómetros a la redonda, solo estamos nosotros».

La localidad de Ovit es un conjunto de pequeños cubos; el humo sale de la chimenea del hotel. Pese al frío y a la tranquilidad del valle, se siente que hay vida. Es un placer comprobar que el único fuego encendido es para nosotros, que las únicas camas calientes son para nosotros y que la única cerveza es para nosotros.

Los suizos se adelantan trazando hermosas líneas en la nieve virgen. Me bajo de mis raquetas y me subo a un *petranboard*. Es difícil dominar una técnica, a la que yo, como esquiador, no estoy acostumbrado y me estrello unas cuantas veces. Al final, encuentro el ritmo y, utilizando un bastón de esquí para mantener el equilibrio, me desplazo a velocidad constante. Por un breve espacio de tiempo me deslizo sobre la nieve a lo largo de varios cientos de metros.

Los suizos me esperan en una meseta mientras observan mis movimientos. «Puede que sea el trayecto más largo que nadie haya hecho jamás en un *petranboard*», apunta



Gökhan. No hay muchos registros en la región de los Kaçkar. Las nevadas, las avalanchas y los animales van y vienen en el anonimato de la montaña, por lo que es difícil tener una base de conocimiento colectivo; no obstante, eso también ayuda a establecer récords. Este reconocimiento me llena de satisfacción y al mismo tiempo es un recordatorio de lo mucho —y lo poco— que han cambiado estas montañas en los últimos siglos.